

EUSKAL-ERRIA

REVISTA VASCONGADA

SAN SEBASTIÁN 15 DE FEBRERO DE 1911

UN ANOCHECER EN LAS MONTAÑAS VASCAS: POEMA EN PROSA

Fuerte ruido se escucha en la ciudad. La intensidad de una vida frenética lleva á las personas de un lado para otro con aceleramiento fugaz. Ruido en todas partes. Ruido en todas direcciones. Las horas del día tocan á su término. Las de la noche inician sus resplandores. Oscila el día entre la luz y la obscuridad.....

*
* *

La gente obrera limpia sus manos encallecidas al chorro de una fuente cercana á sus talleres. Descanso, descanso. Son momentos en que termina la ruda labor del menesteroso. Algunos de ellos fuman tabaco. Los otros van paso á paso á la taberna, al hogar, á la calle. Están rendidos y sus cuerpos necesitan descanso reproductivo. Con el descanso de ellos, paralizan las fábricas con sus máquinas y los talleres con sus herramientas. Descanso, descanso.

*
* *

Va hundiéndose poco á poco el sol en un horizonte lejano, muy lejano. El cielo presenta irisaciones y bruscas llamaradas de un color sanguíneo á ratos, otras veces anaranjado. Sus combinaciones son tanto más rápidas cuanto con más celeridad desaparece el astro solar. Todos sus contornos se inundan de intenso colorido de rojo fuerte, fortísimo. Las montañas se inundan también de luz. Comienza el anochecer.

*
* *

Calma, calma. La mar esta bellísima, las montañas envueltas en un vaho de austera tranquilidad, de límpida y profunda armonía. La brisa vespertina halaga nuestros rostros, que en aquellos momentos sufren una sensación de angusta tranquilidad. Los valles, las praderas, los riachuelos, las regatas, los remansos, las florecillas y los arbolillos todos yacen también en calma absoluta. Diríase que se disponen á descansar el sueño de los justos.

*
* *

¡Señor de las Alturas! Dad la paz á estas montañas. Dad la paz á sus labriegos. De las guerras, los recuerdos evoca con horror, ¡oh! pueblo grande, ¡oh! raza noble. No pidas jamás seamos gigantes en exterminar. Pide siempre que un hilito nuestro envuelva al mundo en patria de libertad. ¡Oh! Vasconia. Tus montañas que atajarte intentaron, hoy á tus plantas allanando se ve al mismo mar, los más cerrados bosques, los estorbos inaccesibles....

*
* *

Suena la campana de la iglesia, de la ermita humilde, de la parroquia cercana. Al son de esa misma campana retumbaron los cañones; la tierra sudó, manando de pronto raudales de sangre. Luchamos entonces como héroes, hoy como prisioneros. Ahogóse para siempre el canto de libertad. Hundióse entre peñascos, entre barrancos ocultos por zarzales y cimbreantes argomas, un pueblo libre, un pueblo que juró vengar á su madre

*
* *

Y el eco retumba en la soledad. Los que nos sepultaron en insondables abismos, creyeron extender nuestra fama y nuestra gloria de raza inmortal. No lo han hecho así. Invadidas están las ciudades, invadidos los pueblos, las aldeas y hasta el caserío. El luchador fornido, que con blonda cabellera y férrea musculatura, supo estrujar y matar entre sus dedos al dragón infernal, hoy está convertido en leñador de su huerto. ¡Ay! de aquel guerrero. ¡Ay! de aquel lugar.

*
* *

Pero el anochecer avanza. Me parece que al compás de deleitosa lira, un sueño fantástico oculta la verdad. No sé si es sueño ó es la muerte quien nos aguarda. Tal vez la muerte de aquel luchador que

no encontró ya con quién luchar. Parece que las cumbres de nuestros montes y las playas de nuestras costas, crujen cual tempestad. Recordar á la madre y verla humillada. Recordar al padre y verlo morir. ¡Serán sueños! ¡No!, ¡no! Es la muerte triste que nos aguarda con su ósculo de mentida paz.

*
* *

Contemplo el cielo, cual un rasgo azul. Miro á las estrellas, cual luminarias que se me acercan. Y nuestro orgullo cae rodando en mísera carrera. Nada es nuestro. Todo es del dragón resucitado en prismas multicolores. La raza está subyugada, está arrancada de su hogar. Ya no vive. Duerme con el sueño del opio. Ya no lucha. Aguanta las horribidas brumas que en su cielo se repliegan. Tal vez surja la tempestad salvadora. Ya las aves huyen cual castigados transeuntes. Y el cuervo aparece en lontananza. Marchitarse las flores entreabiertas. Quién sabe lo que viene. Quién lo que se acerca.

*
* *

Y si la tempestad se acerca..... Si viene..... ¿Quién salva y á quién? ¿Qué madre irá en busca de su hijo en alta mar? ¿Qué hijo se hundirá en las aguas por traer á su padre? ¿Será más fácil seguir la corriente? ¿No será cobardía? ¿No será apostatar? ¿Qué guerrero alcanzó gloria sin pelea? ¿Y qué hijo escondió la cara por su madre? ¡Oh! sacrificio. Levántate. Corre desde la montaña hasta la ciudad. ¡Oh! patriotismo. Surge vibrante y al golpear de tu despiadado hierro, que caigan entre sangre y entre polvo, cual espigas, ciento á ciento los falsos incensarios, los traidores y los apóstatas.

*
* *

Y ¿será difícil que el huracán se acerque, aquí que no hay bosque, ni maleza, ni peñascos, ni torrentes que resistan á su sacudida mortal? ¿Y será difícil que entre la omnipotente marejada que impulsa el fiero vendaval, se lleve entre sus férreas musculaturas, hasta los mismos adalides de una causa inmortal? Despreciar la muerte cuando con cercenadora guadaña se acerca, es de héroes y es acción inmortal. Buscarla cuando la frente del patriota ha sido manchada con infernal saliva, es deber, no del héroe: sino del mismo infante.

*
* *

Pero ya apenas hay luz. Todo se envuelve en una ráfaga de brusca obscuridad. Los ancianos buscan descanso. Los mozos quedan aún en el campo. Los hijos todos de la montaña vasca han contemplado el majestuoso beso del sol, que al apagarse, encuentra en los cerros y en los picos cual rostro de su amada. La mortecina lámpara apagóse ya y con su muerte, las cíclopeas cordilleras de nuestras montañas son fantasmas gigantescos, son arboladuras inmensas de un buque colosal.

*
* *
*

Calma. La oración se escucha en lontananza. Es muy suave el murmurio. Es muy grata la impresión. Es un canto de sirena. No. Es el habla del corazón. Es un mundo que hinca su rodilla en tierra distinta á otra que no la hinca jamás. Su vasta cúpula es el firmamento. Rubios querubines parece son custodio de aquellas almas creyentes. Son las estrellas las que en irisaciones fulgurantes acompañan la oración. Calma. Libertad. Es un pueblo libre que adora á su Dios. Libértame, le pidió cuando el fatalismo reinaba en su patria. Libértame, le dice hoy en la oración. Libértame.....

*
* *
*

Soledad augusta. Augusta soledad. Majestad de mis montañas. Cuán grande es tu majestad. Solas estáis. Mas el hijo de estos lugares nunca os abandona. Si al clarear el día la estrella ne acompaña, al caer de la tarde el sol me envuelve en su luz. Yo también como los demás hermanos míos, voy á mi humilde cabaña. Allí están mis corderos. Más allá las ovejas. Mi compañero se acerca ya. Los dos pastores van á recoger sus rebaños. Rebaños y pastores, retíranse con música sonora de alegre cencerreo.

ADRIÁN DE LOYARTE

(Continuará.)

UN ANOCHECER EN LAS MONTAÑAS VASCAS: POEMA EN PROSA

(Continuación.)

De uno al otro lado de la montaña, los dos pastores irrumpen en gritos. Varonil, enérgico, estridente, el del primero. *Irrintzi* colosal que dura varios minutos, que repercute en larga cordillera, cual si arengara á los del valle, á los del caserío, y que, animando á la montaña á manera de volcánico relampagueo de una nota musical, contesta el segundo pastor. Los dos gritos son el santo y seña de la retirada. Un silbo suena después del *irrintzi*. Y los rebaños de los respectivos pastores jûntanse bajo la bóveda de copudos y centenarios árboles.

*
* * *

Monte abajo van los rebaños. Sus pastores respectivos les guían cuidadosamente. Comienzan á sonar los cencerros. La misma monotonía del ruido es atractivo en la soledad. Á la majestad del silencio de las ingentes montañas, prorrumpe el sonido brusco á veces, cadencioso á ratos, de las esquilas del rebaño. Balidos melancólicos óyense cual aleteo de místicas palomas. Ladran los perros. Y los rebaños van pisando por entre montes las huellas de las pisadas de víspera. El pastor canta con voz de tenor. Canta el amor. Canta al aire libre, porque canta la libertad. Y ese canto repercute como el *irrintzi* en la inmensidad de las montañas....

*
* * *

¡Inmensidad! ¡Inmensidad! Tú estás sola. Sola con tu imponente majestad. La tormenta anegar el campo puede muy fácil. El rayo ven-

gar sus iras tronchando el árbol puede también. El huracán invadir el bosque con infernal algarabía, no es hazaña que nos deje atónitos. Pero tú, inmensidad, eres más grande. Y eres más humilde. El silbo del pastor, como el cencerro del ganado, como el balido de la oveja, todo encuentra eco en tu imponente soledad. Nada desprecias con tu grandeza. Todo lo ensalzas con tu Inmensidad. Inmensidad y grandeza. Grandeza é inmensidad. Invadid la montaña vasca.

* * *

Todo está en paz. La calma reina. La soledad impone. El anochecer de la montaña vasca adquiere la tonalidad de un lienzo inmortal. Marchan los pastores. Descansan sus rebaños. Ya nadie perturba la montaña. Todo es grande. Las estrellas del firmamento irradian centelleantes fulgores. La luz de la luna produce entre los árboles las más misteriosas sombras. Silencio. Paz en la montaña. Paz en la aldea. Paz en el valle. Paz en el hogar. Santa paz.

SEGUNDA PARTE

María Cruz tardó en entrar al caserío. Faltábale la oración á su madre. Oraba ante la cruccita puesta por ella. Oraba con la fe de una doncella. Creíase en un retiro misterioso y solitario. Quizás ante las cruces del cementerio. Los serenos rayos de la luna llenaban su frente de luz. Sus ojos llenos de celestial encanto dirigían miradas melancólicas al Eterno. Una vida de sencilla humildad era su corona. Y sus labios de rosa movíanse á compás de la oración. ¡Pobre María Cruz! Oraba por su madre. Oraba en aquella paz de la soledad.

* * *

Sola María Cruz, no sospechaba la tempestad que venía encima. Pero al momento interrumpióse torpemente aquella inefable soledad. Sentíase á lo lejos algo que avanzaba rugiendo, relinchando, ululando, cual fuertes bocanadas del infierno. Turbaban la paz. Pisoteaban el campo, deshojando sus árboles, rajando sus ramas, pisando flores, convirtiendo el vergel amenísimo de la campiña, en feroz cementerio de flotantes calaveras. ¡Ah blasfemos! Quien rajó aquellos cerros y

trasquiló sus campos, degollarían un cordero si lo vieran, violarían la inocencia si con ella topasen. ¡Eran blasfemos!

*
* * *

María Cruz sentía el pavor de la soledad. Sentía el horror de la turba. Pero la turba avanzaba. Olían á tabaco barato. Eran sus vestimentas sucias y sus cuerpos parecían rotos. Á cada grito notábase el alcohol que en sus adentros llevaban. En lugar de alegre gritería, sus voces semejaban á acentos lúgubres de fosa. Sucios. La suciedad embadurnaba aquella noche de luminare celestes. ¡Pobre María Cruz! La muerte iba á ser con ella. Quería huir, pero acordóse tarde. La turba que profanó la montaña, tornaba á profanar la virtud. Ya no son gritos, son rugidos de león, bocanadas de animal. La turba aterra ya á María Cruz.

*
* * *

¡Oh, Señor! Mátame. Mátame, Señor. El extranjero viene. Inva- de mi casa, destruye mi choza, degüella mis corderos y rompe mi cruz. Mátame, Señor. Antes que caiga en sus manos. Que invada el agua el monte y que traspase la sierra. Yo, mirándote á tí, Señor, flotaré en sus aguas. El morir es dulce, cuando la paz la acompaña cual dócil laurel. Huiré por el campo. Pero ¡ay! los monstruos se acercan ya. Un grito. ¡Ah! no. Es tarde. El zarzal cubrirá mi cuerpo. Mi cuerpo se ocultará entre puentes y arcadas de follaje. No importa que punzantes espinas desgarran mis carnes cual manto azul....

*
* * *

¡Ay! mis corderos. ¡Ay! aquellos pájaros despertadores míos. Si me salvo, ¡qué feliz alborada! Pero si me matan, Señor, que ellos salven mi cuerpo. Sálvame, Señor. Sálvame. Salva mi inocencia. Salva mi virtud. Salva la castidad que me diste. Quiero ir á Ti. Quiera devolvete todo, porque á Ti te lo debo. No escucharé más la lira de la felicidad, sino la cuerda del dolor. Las guijas del río se acabarán para mí. Los pájaros del bosque huirán para siempre. Pero si no puedes salvarme, mátame Señor. ¡Qué cruenta noche! ¡Qué fulgores de resinosa tea! ¡Qué horrible sudor cubre mi cuerpo! ¿Llegó la hora? ¿Lle-

gó el momento? ¡Horror! Veo corbas uñas de diablo. Veo fantasmas que se acercan. Veo fantasmas, fantasmas.....

*
* *

María Cruz huyó. Huyó bajo el zarzal. Entretanto, la multitud se hacía más compacta. Eran hombres sensuales. La carne era su fatal seducción. La carne invadía siempre su espíritu. ¡Y era carne fresca la que perseguían aquella noche! ¡Noche de exterminio! ¡Noche de placer! ¡Oh María Cruz! Tu hermosura será para nosotros, gritaban. No huyas. Escucha el himno á la carne. Es himno á la sensualidad. Al goce del sentido. Oh noche! Tú serás compañera inmortal de nuestro canto de amor. ¡Oh! noche. Convierte en vergel este campo. Inunda de luz la cabellera de María Cruz. Da vida á su hermosura. Da tú el primer beso, que será ofrenda de rico amor. Su deleitoso sueño quizás, sea suave ligadura que le una á la obscuridad. María Cruz. María Cruz. Eres nuestra. Nuestra de verdad. Aunque el follaje te oculte, jamás resistirá al empuje de la sensualidad..... Eres nuestra.....

*
* *

María Cruz destrozaba su cuerpo con dolorosas espinas. ¡Muerte, invádeme! ¡Sangre de mis venas, salta á torrentes é inúndame! Más puede mi valor que la sensualidad de ese monstruo. Aunque el invasor me encuentre ya, no seré María Cruz. Me busca, pero se ha alejado. Ignora dónde estoy. Pero ahora más que nunca torturarán mi cuerpo las punzantes espinas, los dolorosos zarzales. Juran los impíos porque sospechan en la huida de María Cruz. Juran los malvados al mover sus atrevidas plantas. Pero mi rigidez no se alterará, ni aun por el aliento de su boca infernal. Parece que me falta la tierra. Parece que me voy al abismo. ¡Oh! Dios de mis montañas. Envíame un ángel salvador. Mándame con el rostro y blancas alas. Mándame con el fuego purificador. Que se incendien estos bosques. Que arda el follaje todo. Que queden entre cenizas y entre polvo, las montañas todas, hasta la inmensidad invisible.

*
* *

Buscad. Buscad. La virtud y la hermosura se escandieron entre los pinos y zarzales. La noche es nuestra. Solos estamos. Luego, tarde ó

temprano, caerá. No importa aunque las apiñadas nieblas juntándose más y más desháganse en lluvias, nieves y granizos. Incendiaremos el pinar. Y aunque la luz del cielo nos falte, arderá todo el bosque y él será quien ilumine con fuerza é intensidad. Bramar como brama el mar. Rugir como las bestias rugen en el desierto. Pero que surja María Cruz. Perseguidla si se esconde. Prendedla si huye. Pero que sea nuestra hasta la eternidad. Caseríos, vergeles y palacios. Todos caeréis, todos, si estalla la tempestad, si el incendio se propaga.

*
* *

De repente, intenso resplandor inunda los espacios y la montaña toda. Pero María Cruz no aparece. Habrá muerto. Horror. Habrá huido. No. Imposible. Un rumor como de olas acércase hacia el invasor. Parece legión de espectros. Fantasmas de huesosos brazos. Son las negras nubes de la tempestad. Será la muerte la que se posa en los labios entreabiertos de María Cruz. Huyeron las estrellas. Deshojáronse las madre selvas, los rosales y arrasándose iban las plantas. La noche horrorosa presentóse en su desnudez. Prendamos fuego á todo. Haced astillas de los troncos y leña de su ramaje. Que quede el campo desnudo, para que desnuda aparezca María Cruz.

*
* *

Ese era el grito de la canalla. La que perturbó la montaña, la que iba á prender á María Cruz. El resplandor del incendio llevó la intranquilidad á los hogares. María Cruz intentó escaparse. Y en aquel momento, entre el fuego de la montaña y los alaridos de la multitud, María Cruz impertérrita desafía á la muchedumbre.

María Cruz.

Qué queréis, blasfemos, qué queréis hombres de mal vivir? Qué queréis de mí? Habéis incendiado el monte. Sus resplandores dan luz en la lejanía. Destruído lo tenéis. Hasta la paz. Qué queréis de mí?

Los blasfemos y malvados.

Queremos que vengas á nosotros. Á nosotros que te hemos perseguido hasta la muerte. Y morirás si tu sacrificio es necesario. No in-

tentes romper las fuertes cadenas que te ligan esta noche. La noche será para tí. Pero tú has de ser para nosotros, porque si intentarás defenderte, mira con lo que daremos buena cuenta de tí.

(En este momento se escuchan ruidos de infinidad de armas blancas, abriéndose casi á compás.)

El Llanto.

Llora. Llora, María Cruz. Llorad, montañas, eternamente; llorad, valles; llorad, ríos; llorad, fuentes todas de las montañas. Llorad tú también, paisaje vasco. Porque tu intensidad se ha deshecho en mil pedazos. Llorad todos, madres y padres de vuestros hogares. Llorad. Llorad. Va á morir María Cruz. Va á morir toda una raza.

El Silencio

No turbéis mi paz. Paz ganada con cruentos sacrificios. Mirad que si interrumpís el curso de mi vida, la sangre volverá á caer á torrentes. Silencio. Silencio. Dejad á María Cruz que vuelva á su hogar. Mirad que el latrocinio de la virtud, es el más castigado de los latrocinios. Dejadla. No me interrumpáis mas que por el grito de la salvación de mi patria. Soy el Silencio. No me interrumpáis.

El Bosque ardiendo.

Bárbaro invasor. No te basta con invadir un pueblo. No te basta con aniquilar una raza. No te basta con el martirio de María Cruz. Tú profanaste la montaña. Pero yo la purificaré. Si fuere necesario reducirlo todo á pavesas, así se hará. Pero ten entendido que no será sólo la sangre de María Cruz. Será la sangre vuestra la que caerá á torrentes, entre abismos de odios y montones de cadáveres.

María Cruz

Dejadme que viva en paz. Dejadme que goce de la libertad de mi campo, del cariño de mis hermanos, de la tranquilidad de mi casa. Dejad en paz á mi virtud, á mi inocencia. ¿Por qué ha de manar sangre esta montaña?

Los blasfemos y malvados.

Es inútil la compasión. No la conocemos. Es inútil la inocencia. No la comprendemos. Es inútil la libertad. Acabaremos con ella. Las lacrimosas montañas que te escuchan, polvo serán en tiempo no muy tardío. Cual Venus, que moras entre ellas, querrás huir. Pero si lo haces, este fuego arrasador calcinará tus carnes y tus huesos....

La Venganza.

Capitular ante el enemigo, sería cobardía desconocida ante los siglos en Vasconia. Afrentar la lucha, tu virginal pureza debe siempre repudiar, María Cruz. Tú eres el ángel de la montaña. Tú el símbolo de la beldad euskalduna. Tú marcas aún entre bramidos de tempestad, el iris multicolor de la nobleza que pobló estas montañas. ¡Capitular, jamás! Llámame con tus hermanos. Juro pelear y hasta morir peleando. El huracán se acerca. Irrumpe la tempestad. Venganza, María Cruz. Eso soy. Defiéndete. Grita. Llama. Prorrumpe en voces á tus hermanos. Voy en tu defensa. Pronto te envolveré. Soy la Venganza.

María Cruz ante el Monstruo.

Jamás me postraré á vuestros pies. Es en vano. He jurado vengarme y la venganza será pronto conmigo. No me mataréis, no me asesinaréis. Pero aunque así lo hicieseis, sabed que de mi inocencia y del silencio perturbado de estas montañas, habrá quien pronto respondera. Si sois hombres, tened piedad de esta mujer. Contemplad mi cuerpo en lágrimas de sangre. ¿Tampoco os compadece? ¿Tampoco la compasión ablanda vuestros corazones inertes ante el dolor, fríos ante la convulsión? ¿Será darme la muerte vuestra genial y última hazaña? Pues venga al momento. Dios Santo. Santo Dios. Dios de estas montañas. Á tí voy en espiral de incienso. Á Ti volaré cual espiritual paloma. No me acercaré con su blancura, pero sí con su inocencia. Matadme, traidores. Pero ahí vienen mis hermanos. Ya se acercan. ¡Ay! de vosotros, canallas.... Moriréis también....

El monstruo.

Avanzad. Traed á María Cruz. Prended todo el bosque. Toda la montaña. ¡.....! Se acercan los enemigos. Luchad también contra ellos. Pero matad antes de que rescaten a María Cruz. Acudid de repente al enemigo. Luchad a dentelladas y traed sus pedazos. Corred a un lado. Avanzar, fieras. Aprisionar y atad fuerte á María Cruz.

(En este momento rompe la tempestad. Ladran los perros de los caseríos. Mujen los bueyes, gritan las mujeres. Las arengas de los caseríos se confunden con el aflamiento de sus hoces y guadañas. El silbo de los unos llamando en auxilio á sus compañeros, se confunde también con el silbido del huracán. La tempestad arrecia de momento en momento. Las mujeres toman parte en el combate armadas también como los hombres. La lucha se generaliza.)

ADRIAN DE LOYARTE

(Continuará.)

EUSKAL-ERRIA

REVISTA VASCONGADA

T.º LXIV

SAN SEBASTIÁN 30 DE MAYO DE 1911

Nº. 1033

UN ANOCHECER EN LAS MONTAÑAS VASCAS: POEMA EN PROSA

(Continuación.)

Ni el huracán, ni el agua, conseguían ahogar el incendio de la montaña. Como avergonzadas huyeron trémulas las estrellas. La luna veló su plateada claridad. El cielo, esfumando poco á poco, acabó por cerrar su cruel manto de la tempestad. El ventisquero surgió entre la hórrida obscuridad. Chocaron las nubes unas con otras. Y deshaciéndose el agua, cayó á torrentes en la inmensidad. Los rayos arrasaban los árboles. El viento extendía con pasmosa velocidad el incendio. Lllamaradas extensas por un lado. Negros peñascales por el otro. La noche de luz semidivina se hundió, retemblando aldeas y caseríos en bárbara tempestad que el Dios de las montañas arrojara sobre pueblos, sobre montes, sobre valles todos de Euskal-erria.

* * *

¡Dios santo! No sé si extremecerme con horror ó humillarme pidiéndote piedad. Aquellos blancos caseríos que albergaron gente sana y fuerte. Aquellos campos que cual Venus de nivea vestidura, paseaban su beldad por entre incommensurables montañas, hoy forman un mar de quejidos. Aldeas, caseríos y pastores, lanzan un solo grito, el grito del terror. Lejos de palacios y grandezas reinaba la felicidad. Lejos de grandezas y palacios domina ahora el terror. Troncos y ramaje hechos ascua caen cual cabezas segadas al golpe del hacha fatal. El incendio con sus llamaradas sobrepasa las mismas crestas de la montaña y asciende en vuelo de águila veloz. La ciudad olvidada duerme el

sueño de justicia. Cuando lo abandone su vista se aterrará ante el campo arrasado, cadáveres de trecho en trecho, sangre de charco en charco...

*
* * *

De nuevo gritaron enérgicos *irrintzis*. ¡Fatal desencanto! Para luchar, cuando siempre sonaron para el descanso. De nuevo los silbos invadieron la inmensidad preparada al silencio. Los grupos engrosábanse para arrojarlos ante el enemigo. La voz de María Cruz repercutió en aquellos oídos cual arenga de formidable combate. Sonaban el chocar de hoces y guadañas. Para segar cabezas se hacía urgente afilarlas. Prepáranse al combate. Eran tan pocos que el enemigo los vencería. Los compañeros tardaban en llegar. Pero al momento muchos hogares quedaban desiertos. Tililantes las lucecillas transparentaban los cristales de las ventanas. Comenzó venciendo el invasor al romper la paz de la montaña. La paz de la montaña acabóse con la fuerza fatal del destino. El descanso ha sido siempre continuado llanto, cual abierta llaga. No ha habido perlas ni lirios mimados por el sol en la vida de nuestras montañas. La voracidad extranjera, la apostasia interior, los dos chacales convirtieron Euskal-erría en pasto de abismos insondables.

*
* * *

Las nubes cantan ásperamente el paso de la tempestad. La horrible claridad del rayo, pierde el cuadro de la montaña. Pero tan siniestra es que, debido á su claridad, comunicanse los bandos y rompen con furor sus amenazas. ¡Ay!, que ya no habrá padre que abandone á su hijo, ni hijo que no venga el llanto de su madre. Y las mujeres lloran porque María Cruz prendida está. El firmamento pretende apagar las llamas del horroroso incendio que arrasa la montaña, con inmensas bocanadas de torrenciales lluvias. El incendio continúa. Centenarios son los árboles. Centenarios los bosques. Centenarios hasta algunos de sus habitantes. Todos caen. Todos destruyen la maldad del invasor. Apoderóse de María Cruz. Apoderóse de la belleza de Euskal-erría. Quieren vengar las mujeres tamaña blasfemia. Apartándose de los hombres pretenden formar la vanguardia en el combate. Las blasfemias del monstruo las enardecen y su llanto es en momentos de rabia.

*
* * *

En momentos clarea el cielo y rompe bruscamente la hórrida obscuridad. La legión de mujeres arrodillase en charcos de agua. Mujer de fe, antes del combate mira á los cielos. Y mirando á su Dios afila su defensa. Los elementos envainan en momentos la espada de la tempestad y la mujer de la montaña comienza á orar. Gritos, blasfemias y canturrios interrumpen la plegaria unguida en fe. Ser mártires de Vasconia, no importa cuando se muere por su vida inmaculada. Morir en la pelea luchando contra el invasor, es salvar al corderillo á quien el lobo le persigue. Es voraz el lobo. Inocente el corderillo. Pero el corazón de la mujer vascongada hará trizas al lobo si es que pretende ahogar al cordero. La Oración. La Oración. Oremos antes de luchar. Oremos antes de formar ejército con nuestros hombres. Antes toparán los cielos con los picos de nuestras montañas, que María Cruz quede entre el enemigo.

La Oración.

¡Señor! En medio del dolor que nos aturde, sólo eres Tú consuelo en nuestra pena. Los peñascos enternecidos yacen al gotear de nuestro llanto. Los árboles, antes de frondosas copas, parece se recogen en triste pensamiento. El campo inundado ahuyenta á las ovejas y los corderos. Hasta los animales llegados de lejanas tierras, huyen de nuevo ante la inundación, el incendio y la batalla que al fin sobrevendrá. El luchador, antes fornido, parece que también reclina sus fuerzas y pide paz en su hogar. Dejarnos nuestro sueño por defender a la patria amenazada. Pero si Vos queréis, Señor, formaremos pronto la vanguardia en la batalla. Los prados llenos de verdura se perdieron. Los árboles deshojóles el invasor y los elementos todos desencadenados, piden la destrucción; la destrucción. ¡Sí! ¡Sí! Destrucción. Destrucción. Mil veces la queremos, Señor, antes que el extranjero se apodere de María Cruz. María Cruz es nuestra. Con sólo ella, nuestra vida es feliz. Y nuestra vida es vida de paz, de paz euskalduna.

Turbios van los ríos hacia el mar; turbios caen los torrentes por entre peñascos; turbio está hasta el mar que lame las estribaciones de las montañas. Todos sufren el duelo de nuestras lágrimas, que en momentos son lágrimas de sangre. Señor, ten la compasión de nuestro dolor, pero no la del esfuerzo por nuestra patria. Luchar frente á frente. Morir por el ideal de nuestra liberación. ¡Libértanos, Señor! Libér

tanos, Señor. Os pedimos valor en la batalla, valor en el combate. No nos abandonéis ¡oh Divino Poder! Extended el brazo poderoso de vuestra fortaleza, de vuestra justicia, de vuestra misma bondad. Cuando el monstruo abra la boca, la espada de nuestro valor aturrido se clavará en el fondo del cuerpo ennegrecido. Entonces el monstruo caerá, y á su caída la liberación de María Cruz pronta será. Que surja María Cruz. Que salga de la prisión. Que vuele pronto al cielo de sus montañas y á las montañas de su cielo. Que arranque las cuerdas que aprisionan su espíritu y las que aprisionan su cuerpo. Que tienda las alas de su amor á la tierra de su libertad, para que la tierra de su libertad la reciba en el mismo seno de su amor. Que huya del monstruo de las tres cabezas, que rompa sus amarras, que brote de sus enormes espinas, que destruya su iniquidad, que salve su fe, que exhale las añoranzas de su casa; que clame por la salvación de sus rebaños; que vuelva al hogar; que le consuelen nuestros sollozos, que bese á sus hermanos, que se liberte, que venga, que huya, que viva, que viva para siempre y que cante la eterna sinfonía, la divina sinfonía, la suprema y liberadora sinfonía.....

ADRIAN DE LOYARTE

(Continuará.)



UN ANOCHECER EN LAS MONTAÑAS VASCAS

(Continuación.)

Los Seres invisibles.

Iréis á la lucha pero venceréis. Sin lucha ¿para qué queréis la vida? ¿Cómo llegar á vuestro fin último? ¿Cómo arrodillaros ante vuestro Dios? ¿Cómo alcanzar el triunfo de la Verdad? ¿Cómo unir la Verdad á la Bondad y Belleza? ¿Cómo sentir la belleza de vuestro paisaje, el encanto de vuestros valles, el ruido armonioso de vuestros ríos, la energía de vuestros torrentes? ¿Cómo sentir la caída de esas tardes deliciosas de la otoñada cuando el sol, ese sol que os brinda alegría y vigor, fuerza y resistencia, cae, cae allá, muy lejos, donde vuestra vista se pierde en lo infinito? ¿Cómo querer á María Cruz y cómo sentir su ausencia? Á la caída de la tarde el extranjero llegaba á estas montañas. María Cruz encendía la lumbre, ofrecía el calor de su hogar, la comodidad agreste de su casa. Más tarde daba de comer los frutos del campo, alegraba con su charla el cansancio del forastero. Y el forastero encontraba hospitalidad. ¿Sois vos de este modo? ¿Dais de comer al hambriento? ¿De beber al sediento? ¿Albergue al peregrino? ¿Qué piden vuestras lágrimas? ¿Qué dicen vuestros sollozos? ¿Adónde van vuestros sacrificios? El extranjero os ha robado, María Cruz. Ha sido ingrato. Abusó de vuestro encanto é invadió bárbaramente la montaña. No le sedujo la paz más que para turbarla. No le atrajo la libertad más que para marcharla. Pero tened calma. Los Seres invisibles os ayudarán en el combate. El Dios de vuestra fe ganará la victoria. No temáis. La paz será pronto de la montaña.

Una sombra en el espacio.

Yo os daré cuanto queráis, fuerza, vigor, energía, tenacidad, empeño en la lucha. Vuestra libertad es la esencia de vuestra alma. El alma es la esencia de vuestra libertad. No la perdáis. Llamar en vuestro auxilio á mis aliados los Seres invisibles. Con la fuerza del Dios de las alturas, hundiremos al Mal en la eternidad nefanda. No temáis. Pero tened muy presente. Que la beldad de María Cruz, es la misma de estas montañas, de estos valles y del país entero. Perdida María Cruz, perdisteis á la raza entera.

Otra sombra con María Cruz.

La canalla que aprisionada te tiene, contadas tendrá sus horas. Ponzña y Malicia, son las virtudes que opone á tu Bondad y Belleza. Pero la Ponzña muriendo á los pies de la Bondad, nunca la Malicia podrá más que la Bondad. Es mayor la Malicia en el mundo, pero siempre se arrastra ante la Belleza. Si la Belleza sucumbe, no será por el poder de la Malicia, sino en cuanto es Belleza misma. Nunca la Belleza fué lacayo de la Malicia. Pero la Malicia arrastróse siempre ante la Belleza. ¡Abrios, montañas, y tragad en el averno á la infernal Malicia! ¡Que suba á los cielos la Belleza y que entre valles florecientes, surja radiante María Cruz.

María Cruz á la Sombra.

¡Oh Sombra Augusta! ¡Oh Misionera del Cielo! Me ahogo en la prisión. El aliento de estos Seres me embriaga y acabará por matarme. Antes que me salve el alma de mis hermanos, pereceré, seguro, entre el veneno de esta prisión. ¡Sombra inesperada! ¡Silueta trágica que me atrae y me seduce! ¡Sálvame!.....

La consternación del poeta.

Pasemos en silencio ante la visión. Pero ¡qué digo visión! Realidad austera, realidad que siempre desdeño. ¿Por qué me arrancas el lirismo de mi corazón? ¿Por qué me quitas la idealidad de los pocos, de los

escogidos? Campos talados, bosques incendiados, tranquilidad turbada, valles solitarios..... ¿Adónde voy? ¿Cómo detener el raudo de mi inspiración? La Belleza, repudió siempre á la turba insensata y por eso la corrompió. ¡Oh noche cruel! ¡Qué espanto me causa este cuadro!..... ¡Qué espanto!.....

El dolor del artista.

¡Ay! hermano en mis sentimientos. Lloro. Lloro ante la Naturaleza tan bárbaramente tratada. Ya los límpidos resplandores del atardecer. Ya los puros rayos de plateada luna en la paz nocturna. Ya los momentos de augusta sublimidad..... marcharon..... marcharon. Peor que la industria que materializó el ideal de lo bello. Peor que el charlatanismo del Progreso ante el cual jamás sucumbirá la Belleza. Peor aun que el gesto enervador del universal utilitarismo, es la rabia del extranjero que ha penetrado; del invasor bajo cuyas plantas yace ahora la belleza, el silencio, la calma, la inspiración, en suma, que siempre me dió María Cruz.....

El Poeta.

Pero nuestro dolor, es superior á la rabia del extranjero. Ante el llanto de nuestros ojos jamás resistieron aun las más empedernidas rocas. El dolor, es poder que arranca fuerzas al corazón. Es imperativo que sugestiona á los extraños como á los de casa; al hermano como al invasor; al humilde como al fuerte; al sincero como al pedante. El dolor es sentimiento armonioso, ante cuyos latidos, la misma sangre del enemigo encierra generosidad; es la efusión de las almas puras con las que siempre el mundo fué conquistador de las mayores proezas y de estupendas victorias. Ante el dolor florecerá Mayo sin que jamás haya quien ose ni deshojar una sola flor. Ante el dolor la juventud romperá sus espadas, en el recio combate que siempre sostendrán la Belleza y la Utilidad. Ante el dolor los ángeles del cielo, con las almas puras de los artistas de la tierra, tejerán la guirnalda de hojas de la más agreste belleza. Ante el dolor surgen fuerzas ocultas, y aun los espíritus delicados, batallarán, en la gran batalla del genio y del vulgo. ¡Oh! dolor. No. No huyas de mi alma. No vayas de mi corazón. No me entregues á los profanos. No me hagas insensible aún al gotear cristalino de una

fuelle. Sufrir ante la desaparición de lo Bello. Sufrir y enflaquecer con el Sufrimiento. Sí. ¡Mil veces, Señor! antes que hacerme insensible y perecer en la común, triste degradada igualdad. Sufrir. Sufrir por el Ideal, por la Belleza, por el mismo arte, si con el sufrimiento renuevo la inspiración; si con el sufrimiento puedo siempre llegar á Ti, á Ti..... Señor factor supremo, del supremo Ideal, ser sublime de la sublime Belleza..... Sufrir..... Señor..... Sufrir.....

El Artista.

Sufram, pues, todos, ante la convulsiva destrucción. Lloremos frente al invasor. No importa que nos destruya. Perecer cuando perezca, la pureza de nuestra raza, la silueta ideal de nuestras montañas, la eterna felicidad de nuestros hermanos, es volar ante los espíritus celestes. Perezcam, antes de ser maltratados por el dogal extranjero.....

El Músico.

No huyáis de esta montaña, aunque de montaña vasca no tenga más que la fortaleza y la intensidad. No huyáis, hermanos míos, en el sentimiento de lo Bello. No huyáis, aunque el dolor os debilite y vuestras fuerzas decaigan. No. La Musa también oscureció ante la misma presencia mía. Detengámonos todos y miremos al Cielo con ojos de Sentimiento. La lucha sobrevendrá y el Bien, que es la Belleza, luchará con el Mal, que es la Utilidad. La patria toda será testigo del espectáculo universal. ¿Ignoráis que María Cruz, aunque prisionera, vive, vive bajo las garras del enemigo? ¿Ignoráis que aunque incendiado el campo llegará pronto el venturoso día en que las flores brotarán á nuestro paso; el ruido de las cascadas escucharán nuestros oídos y la música eterna, el canto eterno de inacabable sinfonía, seguirá cultivando el sentimiento como en nuestros más bellos y mejores días? ¡Oh! hermanos míos. No lloréis, porque llorar es perder toda esperanza, es entristecer vuestro espíritu. La ilusión de nuestros días, es eterna ilusión. Y sin ilusión la vida es un gemido.

El Poeta, El Artista y El Músico.

Lloramos en la Juventud. ¡Y qué triste es llorar! Si en momentos de tristeza pudiéramos seguir el vuelo audaz de nuestra fantasía. Si

ahora pudiésemos seguir al canto sonoro que en otras épocas aquí, á la soledad, estremeció. Si como somos niños fuésemos viejos, nuestra tristeza ya no existiría, porque el viejo jamás llora más que por su vejez. Somos niños y somos poetas. Somos poetas y la poesía desapareció. ¡Cómo vivir sin sentimiento! ¡Cómo volar sin inspiración! ¡Señor! Cambiad la decoración de esta montaña. Derramad inspiración á nuestras mentes. Pero si no, remontadnos á vuestros cielos ó hundidnos pronto en la inmensidad. Vivir sin sentimiento, sin inspiración, es no vivir, no vivir.....

El Escéptico.

Pero ¿por qué la vida es sentimiento? ¿por qué tristeza? ¿por qué alegría? Todo es nada y nada es todo. Vivir con vosotros mismos es alegrar vuestra vida. Mi vida es la risa. La risa de las montañas, la risa de las flores, de los bosques, del paisaje y de la vida. Nada es para mí ídolo digno de mi culto. Todo es nada.....

El Peregrino.

Triste vida la tuya, temerario, audaz. La creencia da esperanza. El sentimiento más alegría que tristeza. Morirás escéptico. Morirás triste y desolado. Huye.

El Patriota.

Aunque el mar espumante rompa sus furias locas contra el acantilado. Aunque la tempestad arrase campos, bosques y jardines. Aunque aguas, rocas, montañas y jardines, todas en confusión, en terror y espanto acabe un día con la bella austeridad de la vida patriarcal, nada importa. El triunfo llegará. El Poder de la raza, Triunfador en mil combates, uno nuevo alcanzará. El curso de la vida no por eso perderá su esplendor. ¡Oh Dios Santo! Dadnos vigor y fuerza. La fuerza y vigor que jamás faltaron á este pueblo. No, yo no siento las horribles angustias del poeta, ni perturba mi sueño horrible pesadilla. No confío en hermosas imágenes, ni en cantos seductores. Sólo confío en mí, en la fuerza de mi temperamento pronto á romper la más fuerte valla que á mi rostro se antepusiera. La fuerte convicción de mi alma, la más

plena fe de mis creencias, esa traerá el triunfo; el triunfo definitivo é inmediato. La prisión de María Cruz, es la prisión del patriotismo falto de soldados. Apartaos de mí los que sois cobardes y sentimentales. Para luchar conmigo y acabar con el invasor, habéis de ser fuertes, fuertes como las rocas. Atrás lóbrega noche, eterna amenaza. Dejad que venga la luz. Dejad que luzca el Sol, el Sol que saluda al Dios de mi fe, todas las mañanas. Densas nubes que aprisionan la diafanidad de nuestro cielo, romped, romped para siempre el oscuro manto de nuestra fealdad. Aquí estamos todos dispuestos al combate. No faltará ni el niño de la montaña, ni el viejo del hogar. Es santo el patriotisino, santa la libertad. El rescate de María Cruz es el resurgir de la montaña. Florecerán de nuevo los valles, cubrirán al momento de árboles los oteros, serán límpidas las mañanas. No temed, pues, poetas, músicos, ni artistas. Pero tampoco huyáis del combate para pedir inspiración. Sedientos están los campos de reposo, los hogares de cariño, las mujeres de paz. Todo fuera ilusión si no triunfase la libertad. Todo engaño si no arrojásemos al invasor. ¿Por qué permitisteis su entrada ante nuestro dolor? ¿Por qué dejasteis que pisara el valle ante nuestra protesta? ¿No erais también entonces poetas? ¿No erais músicos? ¿No erais artistas? ¿Por qué confiasteis en el extranjero? Pero para el corazón noble del patriota nada pasó, y aun entre las penas de su alma, ahora viene á buscar la salvación. La salvación de María Cruz. La salvación de la patria desgraciada.

El Niño de la Montaña.

Me dejaron solo para no sufrir. Solo; durmiendo el sueño del olvido. Nada sabía, pero las aves que volaban en mi balcón piaban como en triste algarabía. Vi pasar unos hombres feos y sucios. Me llené de terror y mi cuerpo se cubrió de espanto. Miraron á la casa y pasaron. Y después pasaron más, muchos más. Gritaban mucho y maldecían. Cuando ví aquello me escapé. Y al verme solo corrí por senderos y vericuetos, guardándome en momentos entre zarzales. Aquí estoy. Solo. Huído..... y quién sabe si perseguido.

*Los latidos de María Cruz, ante El Poeta,
El Músico, El Artista, El Escéptico, El
Peregrino, El Patriota, El Niño de la Mon-
taña y los elementos de la Naturaleza :*

¡Cómo devora mi cuerpo y mi espíritu esta prisión! ¿Qué hice yo para tanta maldad? ¿Qué hice yo para tanta dureza? Las simples avecillas al alborear el día trinaban en los árboles y piaban ante mis ojos. Yo entonces oraba ante mi Dios. Divisaba siempre la última estrella que idealizaba al amanecer. ¡Feliz y contento yo! Sacaba al campo el ganado. Era entonces libre como fueron mis padres y como ha sido siempre mi alma toda. La tierra producía frutos, que yo cuidaba antes de que se sazonaran y gallardos brotaran. El campo labrado se veía ante mi única ilusión. La vida transcurría orando y labrando ante la paz continua y el eterno bienestar. Los árboles y las praderas cuidadas estaban siempre por mis manos y mi felicidad. En verdad que aquella sí era vida tranquila. Jamás soñé yo en el llanto ni en la congoja. Ni los rayos del sol ofuscaban mi frente, ni el temporal entristecía mi alma. Cuando la aurora humedecía las florecillas, mis pies parecían aspirar la savia de una nueva vida. Cuando corría hacia la selva, el bosque ó la maleza impertérrita escuchaba el tiroteo del cazador. Nunca la queja ni el amargo sollozo aprisiona mi espíritu. La pureza de mi corazón daba alegría á mi espíritu y fortaleza á mi cuerpo. ¡Qué dicha vivir entonces! ¡Qué amargura vivir ahora! Cuando al salir de la montaña buscaba el valle, hermanos míos, hermanos de mi raza, conversaban conmigo. Y ahora ¡cuántos extraños atormentan mi vida! Parece esto una red tejida para aprisionar á cuantos hemos amado la paz, la sencillez, la vida de Euskal-erria. Nadie huía antes de la montaña. Los torcos, los jilgueros, las aves, compañeras mías, cantaban ante mí en la punta del mismo zarzal. Desconocíamos el peligro. Era palabra nueva para nosotros. El estío con su belleza y el otoño con las refrigerantes humedades, hacían de la montaña un encantado valle. ¿Cuál ha sido mi pecado, Señor, para tanto destierro? ¿En qué he pecado para que me entreguen á la maldad? ¿No amé como se ama el ser más querido? ¿No fui humilde en la cabaña y humilde en el hogar? ¿Acaso fué estéril mi corazón? ¿Acaso experimenté la sensación de los placeres, el gusto del refinamiento, la blandura del sibarita? ¿No recogí siempre el

fruto de mi huerto y la flor de mi jardín? ¿No guardé la pureza de mi alma, la transparencia de mi color? ¿Respondí algún día al deleite de la carne? ¿Entre las mismas lobregueces, no rechacé la tentación? ¿Acaso desfallecí ante el sufrimiento cruel de la prisión? ¿Olvidé al Señor en mi oración? ¿No saboreé largas vigiliass? ¿Desmayó alguna vez mi palpitante corazón? ¿Por qué, pues, desmayan ahora mis fuerzas débiles y medrosas? ¿No veis que pronto se reducirá mi cuerpo á frías osamentas? ¿Hasta cuándo, Señor, será esta prisión madriguera, mil veces indigna de mi estirpe? ¿Hasta cuándo olvidaréis la herencia de mis padres? ¿Hasta cuándo abandonaréis la renaciente vida de mi raza? ¿Hasta cuándo consentiréis que el cielo continúe nublado, eclipsada la luna, las estrellas sin luz y el sol sin fulgores, en medio de horrendas palpitations de la patria escarnecida? ¿Hasta cuándo resistir el dolor de tanta afrenta? ¿Hasta cuándo el infierno? ¿Hasta cuándo la congoja, el desaliento, la eterna sombra del destierro, la conmoción, la vista del precipicio, la incertidumbre, la sed eterna, del eterno amor de mi patria, el desencanto, la tristeza, la soledad, la muerte? ¿Hasta cuándo, Señor? ¿Hasta cuándo?.....

(Aquí arrecia la tempestad, y en medio del horroroso incendio que asola el campo, la claridad siniestra que producen los relámpagos, el estampido de los truenos y las blasfemias acompañadas de horrendos gritos, permanece Filo, el jefe de los invasores, solo, alejado de su grupo, hablando ante los elementos.)

Rompe, destruye, mata. El salvajismo que anida en estas montañas desaparecerá ante el empuje de nuestra gente y la impetuosidad tuya. Rompe. Destruye. Incendia. En breve tu labor será acompañada por nuestro esfuerzo.. Invadida la montaña, ya no quedará más que almeceas hechos ascua, y sobre ella, entre chispas y llamas, triunfará nuestro enorme poder. Aquí estoy, Tempestad, lejos de los hombres, aguardando la lucha, aunque ella fuese entre lobos y osos de las montañas. No, yo no daré la libertad que ansía María Cruz, porque ería olvidar la misión que desde largo tiempo ha, nos impusimos. La libertad quedará entre nuestras garras y con ella, la libertad de la montaña. No huiremos ante el combate. Afiladas las armas, los míos lucharán fuertes, cayendo, si preciso fuere, entre valles y aldeas. Yo no aguantaré lágrimas ni sollozos. La invasión se hizo, y con ella la destrucción ha de venir. Rompe, rompe Tempestad y envuelve pronto toda la montaña, cual sierpe de escama bermejiza. Desde que el Sol dejó de lucir, el

trueno de tu impulso infunde aliento á mi gente. No vendrá la lucha ante la radiante claridad, sino ante la hórrida oscuridad. Somos gigantes contigo, y si preciso fuera detener con nuestros brazos el Sol en su carrera y la Luna en su diáfana claridad, nada habrá que se opongá. Aunque el vasco espera en el incendio la purificación de su alma, este invasor se encargará de extenderlo hasta formar el montón de cenizas de las montañas que antaño lucharon por la libertad. ¡Oh Furias del Averno! ¡Romped! ¡Romped! ¡Destruid! ¡Destruid! No en vano penetré yo con mi gente hasta la misma tranquilidad de los rebaños. Si ahora el leñador quiere vindicar el nombre de su raza, llegó tarde el desgraciado. Yo con los elementos, y los elementos con mi gente, haremos rodar en bárbara confusión la encendida y orgullosa torre, de primitivas orientaciones. ¡Oh bosque encendido! ¡Oh rayos de fuerte cólera! ¡Venid! ¡Venid todos hacia mí! Aquellas leyes, aquellos códigos de bárbara libertad, que en centenarios siglos cubrieron el alma de estas montañas, no seréis más que tristes evocaciones, recuerdos de un Edén, que para siempre vine yo á destruir.....

ADRIÁN DE LOYARTE

(Continuará.)

